EL AMOR NO MUEVE AL MUNDO

Briam Segura

Capítulo 1

No se tiene un conocimiento exacto de cuándo dejamos de buscar el bien común y empezamos a buscar el bien individual, y lo peor de todo; cuándo empezamos a educar a nuestros hijos de esta manera, tanto en el hogar como en la escuela. Quizás, nunca existió tal anhelo del bien común, por lo tanto podemos decir con frescura que nuestra naturaleza es individualista, o egoísta, para ser más preciso. Lo extraño es que a pesar de nuestro indiscutible egoísmo, actuemos como si el amor fuera el sentimiento que mueve nuestras vidas. Pero qué equivocados vivimos pesando que el amor mueve nuestras vidas. Tal vez los libros, novelas y películas nos engañen con su drama. Tal vez nos repitan una y otra vez esta frase, "el amor mueve al mundo", para que se nos grabe en la mente de una manera tan profunda que nunca podamos contradecirla, y llegado el día digamos que sí, que el amor mueve al mundo, a pesar de que nuestros actos expresen lo contrario.

El amor no mueve al mundo. El amor mueve a cada ser humano de una forma individual, por lo tanto estamos hablando del amor propio, del más puro egocentrismo. Sentimos amor, sí, pero solo por nosotros mismos, nuestra familia, hogar y bienes materiales. Sentimos amor, sí, pero este se esfuma en cuanto ponemos un pie fuera de nuestro hogar. En ese momento el amor es reemplazado por un sentimiento de supervivencia, de competitividad, y empezamos a ver a las demás personas como adversarios, como enemigos. Pero necesitamos a esas personas porque de forma indirecta nos ayudan a conseguir nuestras ambiciones, así que actuamos conforme a los principios del amor. He aquí el interés, y según los principios del amor, si existe interés no existe amor. Solo nuestra familia recibe actos de verdadero amor, aunque sea en mínimas ocasiones, porque siempre esperamos que nos brinden algo a cambio, como la gratitud. Esto parece indicar que el interés persiste en nosotros y que por encima de cualquier forma de amor está el amor propio, siempre en primer lugar, alimentado el egocentrismo.

El amor no es más que un término que define un sentimiento y un sentimiento que determina ciertos actos, o viceversa, y llamar amor a nuestro egoísmo es justificar nuestros actos; es una forma de lavarnos las manos y evitar los cargos de conciencia. Es una bonita estrategia que usamos para que no nos afecte que más de 100 millones de personas sufran el hambre y que otras 143 millones estén a punto de sufrirla; que 1 de cada 5 niños tenga desnutrición crónica; que más de 2000 millones de personas no tengan un hogar digno; que 263 millones de niños y jóvenes no puedan acceder a la educación; que se robe, mate o viole; que se exterminen y exploten especies de animales, se talen bosques y se contaminen ríos y océanos, etc. Está claro que no se ama este planeta, no se ama la vida y no se ama al prójimo porque es demasiado riesgoso para nuestra felicidad interna. Lo importante es ser feliz, uno mismo, y cada

quien que se haga cargo de su propia desgracia. Este es el ejemplo de nuestro amor; un amor que está muy lejos del amor que vive en nuestra imaginación. No hay que olvidar que nuestra imaginación se construye a partir de nuestra realidad.

El amor mueve al mundo, sí, pero el amor por la avaricia, la vanidad, el placer y, el más importante, el amor por uno mismo; a esto se reduce el mundo. Pero es el único mundo que conocemos; es nuestro mundo interno, y pensar en un mundo diferente sería… tal vez el acto más verdadero de amor.